



Herman Melville

el vigía en su gavia

Rodolfo Mendoza Rosendo

Ilustraciones de Rockwell Kent. *Moby Dick*

I

Provisto sólo con 17 años, Herman Melville se hizo a la mar. Blandió como bandera su voluntad y como objetivo la aventura. Llevaba en su alma la tradición que, desde Homero, lo obligaba al viaje, a conocer “el otro lado” de la vida. En su juventud no supo de conformismos, sabía que la consolación que ofrecen las cosas imaginarias no es consolación imaginaria, sino una suerte de tumba.

El primero de agosto se cumplieron 190 años del nacimiento del autor de *Moby Dick*. Hijo de Allan Melvill (apellido original de los Melville al que, con Herman y sus hermanos, se le añadió la *e*), un comerciante de Boston proveniente de una vieja familia escocesa, y de María Gansevoort, hija del general Peter Gansevoort, de origen holandés. Tercero de ocho hijos, Herman provenía de una familia acomodada: su padre era un hombre que, si bien se dedicó toda su vida al comercio, tenía una gran predilección por los libros. Su madre era una típica mujer de clase media: elegante, religiosa y educada. A pesar de radicarse en Albany, los Melville pasaron una larga temporada en Nueva York, donde nació Herman. Sin embargo, al llegar la década de los treinta, a Allan Melvill lo alcanzó la ruina y ya no pudo repuntar en sus negocios, por lo que tuvo que regresar a Albany. Debido, quizá, al reacomodo económico de la nación, la familia Melville se vio en la pobreza y, muerto

el padre, Herman tuvo que abandonar la escuela, a la edad de quince años, y dedicarse al trabajo para poder ayudar a su familia. La biografía y la obra de Melville, como la de muchos otros escritores decimonónicos, son inseparables; resulta necesario citar el hecho de la orfandad, pues tal suceso marcó la vida y los humores del niño Herman, como también fue fundamental en la vida y la obra de otros dos grandes de la literatura estadounidense: Emerson y Hawthorne (no sobra decir aquí que la orfandad ha sido uno de los temas centrales de la literatura estadounidense hasta nuestros días con las obras de Paul Auster y Phillip Roth). Huérfano, entonces, el todavía niño Herman se desempeñó como empleado en un almacén de pieles y como obrero en la granja de su tío. A Herman nunca le gustó cultivar la tierra, lo consideraba un trabajo de poca laya, por lo que buscó un empleo como maestro de una escuela municipal en un distrito cercano a Nueva York.

Desde niño, y gracias a los libros que su padre tenía en casa, fue un lector voraz. Es fácil imaginar que algunas lecturas provocaran el espíritu aventurero y el ansia por conocer nuevas tierras que poco más tarde se despertarían en el joven Herman. Seguramente,



al igual que millares de niños y jóvenes, tenía como libro de cabecera un volumen sumamente popular en la época: *Two Years Before the Mast*, de Richard Henry Dana,¹ narración que alentaba a los lectores a una vida de aventuras marítimas.

En 1837, el jovencísimo Herman se enlistó como grumete (oficio que consistía en ayudar en todo tipo de tareas a los marineros) en el *Highlander* con rumbo a Liverpool. Pocos datos hay de Melville entre su primera travesía y 1841, año en que se embarca a una experiencia marítima mayor. De 1837 a 1841 es incierta su vida, se cree que regresó en 1838 a Estados Unidos y que volvió a emplearse como maestro de escuela y empezó a escribir artículos en diferentes medios impresos. Se conservan algunos de esos textos, en los que el aún joven Melville ostenta un irreprimible deseo de demostrar todo lo que había leído. Uno de sus más grandes biógrafos y críticos, Raymond Weaver dice: “Sacaba a relucir a Burton, a Shakespeare, a Byron, a Milton, a Coleridge y a Chesterfield, lo mismo que a Prometeo y a la Cenicienta, a Mahoma y a Cleopatra, a la Virgen y a las hurfes, a los Médicis y a los musulmanes”. Aunque no se conserva retrato alguno de Melville en sus años de juventud, observando sus retratos de hombre maduro podemos imaginar a un muchacho bien plantado, con mirada profunda y con aquella bizarría propia de esos años.

Con el halo que le otorgaban los viajes y las aventuras marítimas, Melville empieza a cortejar a Elizabeth Shaw, hija del presidente de la Audiencia de Massachussets, con quien contrae matrimonio en 1847 y quien será su esposa hasta la muerte de él.

II

Como una suerte de mesías literario (“a los suyos vino y los suyos no lo reconocieron”), Melville fue un incomprendido y nunca tuvo en su país la aceptación que esperaba, sobre todo en los últimos decenios de su vida. En los Estados Unidos del siglo XIX se vivía el nacimiento de una nación. Apenas en 1776 ese país había logrado su independencia de Inglaterra y en 1790 había fundado su ciudad capital, Washington, distrito de Columbia, en honor a su primer presidente. Los primeros años del siglo XIX se ven violentados por la declaración de guerra contra Inglaterra dictada por el presidente James Madison, debido a un asunto comercial. En 1814 se pacta la paz y a partir de en-

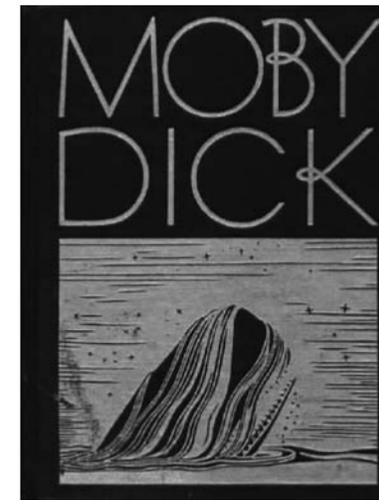
tonces los Estados Unidos logran un repunte económico incompable: se construye la primera red nacional de carreteras y canales, se ve ya a los buques de vapor surcar los ríos y, en 1830, se inaugura en Baltimore el primer tren de vapor de la nación. Estados Unidos ingresa, de esa manera, en un mundo económicamente activo; atrás habían quedado las revueltas por posesión de tierras, y ahora las luchas internas eran por el poderío económico: las primeras fábricas de textiles y de fundición de hierro y, a mediados de siglo, la industria se extiende a la producción de ropa, zapatos, equipo agrícola, hule y armas de fuego.

Pero otra guerra fue la que asoló al país durante el siglo XIX: la Guerra Civil, la más grande conflagración vivida en suelo estadounidense. La lucha por la libertad, encabezada por Abraham Lincoln, tenía como propósito la liberación de millones de esclavos negros. Sin duda, esa ha sido la guerra más sangrienta de ese país, pues en total hubo más de 635.000 muertos. Lincoln le puso fin a esa situación con la enmienda 13 de la Constitución en 1865, con la que quedaba abolida la esclavitud.

La nación empieza su reconstrucción social y económica. Los estadounidenses se dan a la tarea de buscar fortuna; se inicia así la fiebre del oro y muchos se trasladan a las zonas montañosas del país; unos van en busca de fortuna al oeste y otros más empiezan a poblar la zona sur del país que ya había sido arrebatada a México.

Este resumen podría parecer que poco tiene que ver con la vida y obra de Melville, sin embargo, los sucesos históricos y sociales se hacen valer en todos los ámbitos. Nada queda fuera de la historia: se impone, reina, su predominio es inevitable. Y, por supuesto, no le es ajena a la literatura. El gran narrador italiano, y uno de los más atentos lectores de la literatura norteamericana, Elio Vittorini dice:

La literatura norteamericana es la única que coincide, desde su nacimiento, con la edad moderna y puede llamarse completamente moderna. Todas las otras literaturas conservan, aun en sus aspectos contemporáneos, características humanistas y medievales. Escribir de ellas



(...) es escribir también del humanismo y del medievo, mientras que escribiendo de la norteamericana se escribe solamente de la edad moderna y se puede aislar la modernidad en sí misma, tomarla como tal, estudiarla solamente como tal.²

III

La obra de Herman Melville no tiene que ver directamente con la historia estadounidense del XIX. No escribió relatos sobre la independencia de su país, no cantó loas a los héroes nacionales; pero su obra sí es reflejo

de un estado en expansión, una nación que precisaba ampliar sus horizontes, que buscaba con urgencia ir más allá de sus límites. Así es la obra de Melville en muchos sentidos: una obra que necesitaba trascender de sus territorios no sólo geográficos, sino estéticos.

Los viajes ilustran y transforman, dice el lugar común. El que viaja conoce y conquista, pero en el caso de Melville sus recorridos no sólo lo transformaron, sino que lo hicieron nacer, le dieron la verdadera vida. “Si no tienes un pie fuera de la tierra jamás podrás mantenerte en ella” canta el célebre poeta Odysseas Elytis. Melville, al igual que Elytis, Perse o Walcott, es un poeta del mar. Su nacimiento estético lo conoció en un barco. Después de su primer viaje a Liverpool, en el que no tuvo mayores aventuras, ya no pudo resistirse al llamado del mar y, en 1841, emprendió un recorrido a bordo del ballenero *Acushnet* por el Pacífico hasta llegar a las Islas Marquesas, las Society y las Sandwich. Tres años y medio duró este viaje de Melville; tres años en los que vivió aquello que buscaba: el conocimiento de sí mismo y del mundo. Se enuncia rápido una afirmación de esta naturaleza, pero sólo aquellos que buscan conocerse y conocer al “otro” (que es el mundo) pueden aspirar a un verdadero nacimiento estético, a un verdadero nacimiento literario. Pensemos en los grandes nombres de la literatura: Kafka y Pessoa tuvieron su viaje; un viaje que no necesitó barcos ni trenes, pero sí una profunda e infinita marcha interior. Joyce y Musil, una aventura perenne a lo más profundo del lenguaje y de la conciencia humana. Dostoievsky y Faulkner, un viaje a través del espíritu del hombre, de sus deseos y sus frustraciones. Eliot y Paz, un viaje por la lengua y el pensamiento, que nos dio la cumbre de la poesía crítica y de la crítica poética. De igual

manera Melville necesitaba su propio recorrido: un viaje fuera de su tierra; un viaje que le demostrara que era posible huir sin abandonar, sin dejar su lengua, sus afanes, su naciente obra.

IV

Para entender la obra y la poética de Melville es necesario hacer un rápido recorrido por sus primeras producciones.

Typee: una ojeada a la vida polinesia es una novela susceptible de diferentes lecturas; la más evidente, claro, es la de una novela de aventuras, que deja entrever algo de canibalismo relatado a través de un narrador un tanto romántico, casto, que busca entretener y recrear, y no adentrarse en mayores profundidades estéticas. También la podemos leer como una novela casi etnográfica, con amplias descripciones de las costumbres y tradiciones de las islas de los Mares del Sur. Sin embargo, también tenemos una lectura más aguda, crítica, pues *Typee* es, al mismo tiempo, una novela de crítica social, que contrapone la vida estadounidense decimonónica con la vida de los typees.

En 1847, Melville publica *Omoo: una narración de aventuras en los Mares del Sur*. En este libro el autor relata sus contemporáneos la vida idílica de Tahití, evidentemente transgredida por la inclusión de los “civilizados”. *Omoo* es una novela un tanto romántica, pues vemos ahí el proceso genocida que se vivió en las Islas Society y cómo el triunfo occidental arrasó con la vida armoniosa de las costumbres propias de un pueblo cercano a la virginidad. *Omoo* está cargada de significados metafóricos, contraponiendo, siempre, el hombre civilizado al hombre inmaculado; la vida amoral a la vida incorruptible.

Mardi, publicada en 1849, es ya un salto, un cambio en la obra de Melville. *Mardi: y un viaje allá*, empieza siendo una novela muy parecida a las anteriores, una novela más que emprendía un viaje por los Mares del Sur, pero a las pocas páginas es ya una narración que nos lleva por el idilio de Taji y la doncella Yillah y nos relata la búsqueda del primero por su amada. Poco más tarde la novela da un giro y estamos ante una obra alegórica del filósofo Babbalanja y sus compañeros. Aunque bien ensamblada, esta novela no fue del todo bien recibida por el público que estaba acostumbrado a leer novelas de aventuras marítimas y autóctonas, pues ya en *Mardi* vemos, en palabras de

Robert Milder: “la creciente obsesión en los callejones sin salida metafísicos que le iba a ocupar a lo largo de toda su vida: la cuestión de la existencia de Dios y de su naturaleza; el problema del mal; los límites del conocimiento; la indiferencia de la Creación”. Estos puntos enumerados por Milder son, coinciden todos los críticos y biógrafos del autor, los puntos centrales de la obra de Melville.

Ante las malas ventas de *Mardi*, Melville dio marcha atrás y emprendió nuevamente una fórmula ya probada: la novela de aventuras. En 1849 aparece *Redburn: su primer viaje*. El lector sabedor de la vida de Melville se topa aquí con una novela que podría considerar autobiográfica, pues el héroe tiene muchos puntos en común con el autor de ella: la bancarrota y muerte de un padre, los humillantes trabajos del huérfano, su iniciación laboral en Nueva York, el primer viaje por mar, y así, sucesivamente, la vida del autor se va transparentando a través de la vida del héroe de *Redburn*.

En 1850 publica *Casaca blanca*, novela que, a pesar de contar con personajes que Melville había conocido en sus viajes, era una historia por completo ficticia, en la que el héroe realizaba un viaje por el Cabo de Hornos. Esta novela, contraria a toda la producción literaria anterior, tiene una fuerte carga de humor: varios episodios cómicos se van entrelazando a través de las aventuras en el barco. Uno de los personajes más interesantes de esta obra es el médico del navío, un ser brutal y despiadado que seguramente tuvo como referente a *Las aventuras de Roderick Random*,³ de Tobias Smollett, una de las obras más famosas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, y en la que se narraba de manera picaresca las aventuras de toda la tripulación en un buque de guerra.

Melville siempre se declaró un gran lector de Shakespeare. Después de sus altibajos comerciales, se dedicó a leer a su escritor predilecto. Leyó y releyó las tragedias del isabelino, en su ánimo tuvo siempre realizar una obra equiparable en hondura a las tragedias shakespearianas. Así fue la génesis de *Moby Dick*: una obra que se gestaba teniendo como punto de referencia al autor de *Hamlet*. *Moby Dick* —junto a *Walden* y *Hojas de hierba*, por citar dos obras del siglo XIX norteamericano— es una obra de exploración espiritual. Por un lado tenemos a la ballena blanca, equiparable a uno de esos monstruos mitológicos o



bíblicos que encarnan el caos, el mal, lo oscuro de la creación; y por el otro a Ahab, un héroe equiparable a Perseo que busca destruir aquel mal con el poder de la moral, con la fuerza de lo humano. *Moby Dick* basa su historia en un mito universal que se enmarca aquí en los mares del siglo XIX. Esta novela es hija de una tradición literaria que podríamos remontar a los mitos clásicos griegos y hebreos. Podemos igualar a Ahab con Perseo, como ya dijimos, pero también con Job. Esta novela es un triunfo del pensamiento, pues en ella Melville hizo chocar el Viejo Mundo con uno naciente. Sorbió de una cultura antigua para dar vida a una nueva. Cuando hemos dicho páginas atrás que la obra de Melville es reflejo de una cultura naciente, nos referimos, precisamente, a que con *Moby Dick* Melville estaba creando una literatura, estaba fundando —como la nación se fundaba en sí misma— una literatura. Melville fue, también, creador de un nuevo lenguaje, no sólo estaba transformando la literatura, sino que estaba dándole un giro al idioma.

Pierre o las ambigüedades fue la ruina de Melville. Si bien *Moby Dick* no alcanzó buenas ventas (no se vendió más que *Mardi*), tenía conforme al escritor,

pues aunque decepcionado, sabía que era dueño de una obra mayor. No así *Pierre*, novela psicológica publicada en el aciago año de 1852, momento desde el cual Melville quedó lejos y abandonado de sus lectores.

V

La ruina literaria vino acompañada de varios infortunios más. En 1867 Malcolm, su hijo mayor, murió de un tiro en la cabeza mientras estaba en su habitación. Nunca quedó esclarecido si fue un accidente o suicidio. Al poco tiempo, Stanwix, su segundo hijo, huyó de casa y nunca más se supo de él. Melville nunca hablaba de su vida. En él se cumple a la perfección lo que dice Sandor Márai: “Somos aquello que callamos”.

Los biógrafos de Melville lo describen como un ser dubitativo y propenso a la depresión. Solía beber y tenía un carácter irascible. Su esposa y sus pocos amigos insistían en que debía cambiar de actividad y dejar de escribir, pues, nos dice Leon Howard, “padecía un verdadero derrumbamiento nervioso, producido por una imaginación demasiado excitada”.



De no ser por la profunda amistad que lo unía con Nathaniel Hawthorne, a quien conoció desde 1850, Melville se hubiese sentido como un ser olvidado por todos. No sólo le dedicó *Moby Dick*, sino que le llegó a decir en una carta: “Tengo la impresión de que abandonaré el mundo más satisfecho por haberle conocido a usted. Conocerle a usted me convence de nuestra inmortalidad...”. Esta amistad duró hasta 1864, año en que murió el autor de *La letra escarlata*.

Casi en el olvido, Melville acepta un trabajo como inspector de aduanas en Nueva York, después de que hubiera querido enlistarse para pelear en la Guerra Civil y fuera rechazado. Nunca abandona la literatura, aunque prefiere ya escribir poesía. Publica en 1866, *Escenas de la batalla y aspectos de la guerra*; en 1876, *Clarel, un poema y un peregrinaje*; en 1888, *John Marr y otros marineros*; y en 1891, *Timoleon*. Ninguna de estas obras en verso tuvo repercusión alguna. Salvo *Clarel* que, de alguna forma, podríamos decir fue su mayor intento en verso: una narración de 18.000 versos (se sabe sobradamente que no hay nada nuevo bajo el sol: con toda seguridad Derek Walcott sorbió algo para su *Omeros* y Les Murray para su *Freddy Neptune*), donde Melville da salida a sus preocupaciones intelectuales y espirituales. Entre la publicación de *Clarel* y la muerte de Melville en 1891 —pocos meses después de ver en letra de imprenta *Timoleon*— no se sabe nada de su vida.

Olvidado por sus contemporáneos y por algunas generaciones posteriores, la figura de Herman Melville no fue revalorada sino hasta el siglo XX. En 1922 se publica *La mesa de manzano*, libro que reúne diez cuentos que Melville había publicado en periódicos entre 1850-1856 y, en 1924, *Billy Budd Marinero*, relato que su autor no llegó a ver impreso, pero en el que había trabajado en sus últimos años; cuando se publicó causó tal conmoción que vio varias reimpressiones continuas, y alcanzó tal fama que, casi inmediatamente, Benjamín Britten convirtió la célebre novela corta en una ópera. Aunque póstumamente, *Billy Budd* puso la narrativa de Melville en su justo lugar. El gran poeta W. H. Auden celebró la aparición de esta obra con un bellissimo poema titulado “Herman Melville”: “El mal no es espectacular y siempre es humano / Y comparte nuestro lecho y come a nuestra mesa / Y todos los días nos es presentada la Bondad / (...) Lleva un nombre como Billy y es casi perfecta / (...) Es el Mal quien anda desvalido como un amante”. A partir de ahí no cesaron las ediciones de sus novelas y reuniones de cuentos, las biografías (en algunos casos hagiográficas, donde se nos pinta a un Melville idealizado que ni siquiera tomaba una gota de alcohol) y los estudios sobre su obra. Ese fervor por la obra de Melville no ha decaído hasta nuestros días; algunos de los grandes narradores del siglo XX han visto en *Moby Dick* la fundación de la narrativa estadounidense. Ciertamente es que Washington Irving, James Fenimore Cooper y, sobre todo, Mark Twain y Edgar Allan Poe habían hecho ya una obra sólida, proveniente de una nueva nación, pero ninguno de ellos alcanzó las resonancias míticas y metafísicas de la obra de Melville.

VI

Mención aparte requiere la obra cuentística de Melville. En 1852, después del fracaso de *Pierre o las ambigüedades*, cuando todos le sugerían a Melville que dejara de escribir, él sabía que no podría deslindarse de la literatura. Llegado el invierno, aceptó colaborar en una nueva publicación periódica: *Putman's Monthly*, donde le pagarían cinco dólares por página publicada. En un lapso de dos o tres meses, Melville escribió “Bartleby el escribiente” (con el subtítulo de “Una historia de Wall-Street”), y en el número de febrero de 1853 se publicó esta historia que ha dado

a Melville, junto con *Moby Dick*, toda la fama de la que goza. “Bartleby” fue la primera novela corta que escribió. Para resumirla, podemos decir que es la historia de un hombre, de un héroe (pero ya no en el estilo de Ahab, por ejemplo, sino de un héroe pasivo, acaso negativo), un hombre que llega a trabajar a una oficina y se caracteriza por su célebre frase: “I would prefer not to” (“Preferiría no hacerlo”). Es una obra concebida en un momento anímico del autor muy determinado por sus circunstancias. “Bartleby” se puede leer en clave autobiográfica, con lo que desentrañaríamos a un Melville que se siente defraudado por su realidad, por su arte y por sus lectores: una negación al mundo “de afuera” que se concentra en una transformación interior. No por nada se ha dicho que la literatura de Kafka en realidad se funda con Melville, pues vemos en “Bartleby” ya no una sucesión de peripecias como en la obra anterior de este autor, sino una construcción y reconstrucción de una realidad alterna, propia, interna. “Bartleby” ha insinuado a los críticos y lectores un sinnúmero de lecturas: su trama, su lenguaje, sus personajes, el ambiente, los lugares cerrados son absolutamente sugerentes. Es prodigioso, y hasta inesperado, cómo su autor logra con un personaje “inamovible” toda una revolución en una obra tan corta. Se cree que Kafka no leyó “Bartleby”, pero para Albert Camus los nombres del autor de *El proceso* y de Melville deben ir aparejados, pues encontraba en ellos su mayor influencia. William Somerset Maugham, por otro lado, sitúa a Melville como uno de los diez más grandes novelistas de todos los tiempos. Recientemente, Enrique Vila-Matas, uno de los mayores escritores de nuestra lengua, escribió *Bartleby y Cía.*, un libro a caballo entre el ensayo y la ficción: con ese estilo ya tan propio, nos va contando los casos de los escritores que “preferirían no hacerlo” y dejan de escribir. Como vemos, “Bartleby” es un cuento largo, una obra precursora, un síndrome, un estilo, un héroe negativo, una actitud... y todo aquello que le inspire a los nuevos lectores.

Cuando Melville decide seguir escribiendo después de sus fracasos con *Mardi* y *Pierre y las ambigüedades*, se inclina por los relatos. Nunca antes había escrito cuentos, así que emprendió otro tipo de viaje, esta vez el de la concisión, el de la síntesis prosística. Se dio cuenta de que tenía que aprovechar esa vena y empezó

a escribir un buen número de cuentos. Así, nos dio ese portento literario que es “Bartleby”, pero también —en *The Piazza Tales*— “Benito Cereno”, “La veranda”, “El hombre del pararrayos”, “El campanario” y “Las Encantadas”. “Quiquiriqui” es otro cuento largo que Melville no recogió en libro y que publicó en diciembre de 1853 en *Harper's Monthly Magazine*. Además de los mencionados, es importante señalar la aparición de *The Apple-Tree Table and Other Sketches*, en 1922, y que contiene al menos cuatro cuentos fabulosos: “La mesa de manzano”, “El violinista”, “El feliz fracaso” y “Jimmy Rose”.

El conocedor de la obra de Melville verá en los cuentos cortos un sesgo de humor, sin dejar de lado las preocupaciones metafísicas. Equiparará ciertos caracteres similares entre estos personajes y los de las novelas. Verá cómo ciertas atmósferas apenas insinuadas en los cuentos se desarrollan al límite en *Moby Dick*.

VII

Herman Melville fue un ser desgraciado. Alejado del mundo, sintió siempre que el don de la escritura lo había abandonado. No supo de glorias ni disfrutó de halagos. Sufrió las desdichas familiares, la pérdida de los hijos. Deseoso de paz, la encontró sólo en la escritura, a la que se entregó sin que ésta le pagara lo que él esperaba. Al paso del tiempo, cuando supimos leerlo, su obra se convirtió en un triunfo de la literatura. Melville ya no necesita de su tiempo. Nosotros, sus contemporáneos, necesitamos de él. ■

Rodolfo Mendoza Rosendo (México)

Crítico literario y editor. Dirige la colección Sergio Pitol Traductor, que reúne las traducciones del Premio Cervantes. Actualmente es Jefe de Materia de Literatura en el Colegio de Bachilleres del Estado de Veracruz y dirige en México la revista literaria *La Nave*.

Notas

1 Existe versión española: Richard Henry Dana: *Dos años al pie del mástil: relato personal de la vida en el mar*. Barcelona: Alba, 2001, 572 pp.

2 Italo Calvino, Elio Vittorini y Cesare Pavese. “Fragmentos a manera de prólogo”. En: *Historia de USA*. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor, 1969.

3 Una de las más célebres novelas picarescas inglesas. Smollet fue traductor del Quijote a lengua inglesa.